

El valor de una vida aviadora

Un experiencia personal

IGNACIO REDONDO RODRÍGUEZ
*Suboficial mayor
 del Ejército del Aire*

Bastaría apoyarse en unas cuantas referencias bibliográficas, mezclarlas con cualquier otro concepto de actualidad (por ejemplo el liderazgo) y presentarlas bajo el epígrafe de «novedoso» para tener redactado un artículo que permitiese pasar al que lo escribe, incluso, por intelectual. Pero al hacerlo se traicionaría la propia forma de ser, y de comportamiento con el resto de compañeros, en la forma recíproca que cada uno espera de los demás.

Cada sociedad escoge entre lo que la naturaleza le impone aquello que le permite vivir con la menor dificultad. Estas elecciones reunidas y conocidas por todos; es decir, que tienen valor en sí mismas porque nos benefician, forman un conjunto de valores. Por ello, al hablar de valores nunca se puede incluir una referencia monetaria pues nos obligaría a caer en el absurdo. Un litro de agua

y un kilo de oro pesan lo mismo, pero el agua es vida, nosotros somos agua. Se debe cuidar el agua y no el oro. Esto ya nos lo advirtió un tal rey Midas y tuvo que pagar por ello el precio de su mayor valor. Lamentablemente la sociedad actual demanda oro aunque para ello tenga que envenenar el agua y matar a muchos de sus hijos. Decía A. Machado que: «Solo el necio confunde valor y precio» y una de las pocas cosas donde se aplica valor, es el escaso tiempo de que disponemos en esta sociedad para pensar, escribir, etc...

Hay veces en la vida que uno tiene que saltar al vacío. Normalmente lo hacemos sin problemas apoyados en nuestra ignorancia. Otras necesitamos que los padres o el Estado aseguren o amortigüen el golpe. La buena experiencia consiste en contar a los demás que la mayoría de las veces caímos - como trapecista precavido- en la red.

Mi abuelo fue mecánico, mi padre también y yo me crié en la casa que, casualmente, estaba sobre el taller familiar. El Madrid industrial pesó sobre mi elección, pero cuando me regalaron mi primer avión de juguete (un Super Constellation EC-AIN) creo que ya se definieron mis siguientes pasos.

Aunque inicié mi camino desde los aviones de caza, disfruté el mundo del transporte VIP. Conocí la pista, los hangares, las oficinas de calidad y los almacenes de abastecimiento. No quedó un resquicio de las aeronaves que no ocupase mi atención. Pero además de las máquinas me llegó el momento en el cual decidí que era también importante cuidar de las personas y así logré una verdadera ventaja: conociendo a los demás aprendí a conocerme a mí mismo. Por todo lo dicho anteriormente me atrevo a comentar tres valores que considero importantes.



SOMOS DIFERENTES; PERO TENEMOS UNA MISIÓN QUE CUMPLIR

Be my wing-man. No existen valores en el vacío. Escogimos un liderazgo basado en valores, pero estos se predicán sobre un objetivo. Un padre bosquimano enseña a su hijo a buscar agua en un desierto y el fin de toda esa transmisión oral durante generaciones no es otro que el de preservar la vida.

Nosotros trabajamos con valores para aportar a los españoles seguridad y defensa. Esa simple frase nos da sentido. El verbo aportar lleva implícita una dimensión de cooperación, de compromiso. Cuando uno verdaderamente aporta es cuando se da a los demás. Son los españoles los receptores de nuestro esfuerzo; españoles que se concretan en familia, amigos, conocidos... y en el gran regalo de todos los que podemos llegar a conocer. Por mucho que uno sea punta de lanza hace falta también del asta que la empuja y del regatón que la afirma. En verdad para que una lanza avance hace falta de toda una nación empujando. Siempre un nosotros como sujeto y los españoles como objeto indirecto. Siguiendo el análisis sintáctico encontramos como objeto directo aquello que precisa la acción a realizar. Seguridad y Defensa serán los dos conceptos a trabajar durante toda nuestra vida aeronáutica y aparecerán también otros complementos camuflados bajo múltiples circunstancias. Personas y misión; la misión y las personas son partes indisolubles de un todo donde primar una siempre va en demérito de la otra. Los valores se sustentan sobre ambas en una suerte de delicado equilibrio.

Cuando un aviador te dice *be my wingman* en verdad te requiere para algo más que la mera función de copiloto o de punto. Mantiene también una esencia casi de colega, de hermandad de sangre, de esfuerzo. Hacia arriba y hacia abajo pues mandos y subordinados com-

partimos el mismo objetivo mencionado anteriormente. En nuestro trabajo no es necesario hacer amigos pero sí compañeros. La cohesión multiplica la moral de combate y un buen liderazgo necesita también de buenos mimbres. Juntos, conscientes, entrelazados. Así se cumple la misión.

PON EN TUS DOCENAS TRECE HUEVOS

Una buena aportación implica que el resto de compañeros siente que el monto total ha crecido tras la misma. Esto, que no concuerda mucho con el mundo político-empresarial actual, define la peculiar relación del militar con su trabajo. Nadie discutirá cuando afirmemos que una docena se componga de doce huevos, pero tampoco se quejará si recibe en su lugar trece. Ese huevo de más es lo inesperado, lo que hace brillar el valor de lo aportado, el lugar donde esfuerzo y mérito confluyen. A los compañeros se debe ofertar lo que se puede y más. Al igual que a la familia pues la coherencia ha de encontrarse dentro y fuera del lugar de trabajo.

El liderazgo necesita de la aportación, dar más de lo que se espera. Habrá momento donde sea necesario incluso aportar la vida. La vida se aporta, no se entrega. Entregar la vida asume casi un significado de pago de deuda, sin embargo al aportarla, manifestamos que la dación será voluntaria pensando en el beneficio de otros. Pocas serán las oportunidades que deberán ser inscritas en páginas de heroísmo, pero si esa ocasión llegase, habría que recordar que un día juramos ser soldados y nos pedirán comportarnos como tales.

Frente a esta situación, la dureza de lo cotidiano. No es necesario escalar el Himalaya, solo poquito a poquito, y con el siguiente paso, avanzar cada día. Es el método Kaizen, invento americano atribuido a japoneses. La mezcla de inteligencia emocional y racional sin agobios. Confluyen así persona, trabajo y tiempo y sorpresivamente, ese huevo de más aparece casi como por arte de magia. Podemos organizarnos mejor en todo momento y muchas veces la única excusa para no hacerlo es la falta de madurez que nos impide la visión a largo plazo.





PREPARACIÓN, PREPARACIÓN, PREPARACIÓN

Y para poder liderar a los demás habrá que empezar por liderarse a uno mismo. Se necesita preparación para ser soldado, para ser padre, para ser amigo, para ser profesor. En definitiva, para ser compañero.

La pólvora modifica al soldado y sustituye la potencia del músculo por la energía química contenida en el proyectil. En el mundo actual todos deben adquirir una enorme capacidad tecnológica y mental para descifrar y manejar un mundo complejo en razón de la velocidad del cambio. Pero aunque la tecnología domine los combates perviven también las antiguas esencias. Para un soldado siempre será necesario mantener y cuidar la condición física además de desarrollar la resiliencia a nivel anímico, pues en un frente de combate se puede vivir unos días sin agua pero no sin pólvora. El euro que malgastemos en tiros fallidos será la venda que falte en un hospital. El esquema que no estudiemos será el que utilice nuestro enemigo para someternos. A esa preparación para el combate la llamaremos instrucción y nos garantiza que, además

de la reducción del egocentrismo, no nos autoinfligamos muchos daños.

La preparación personal afecta a nuestro entorno social. El soldado del primer mundo ha de tener todos los papeles administrativamente preparados, pues la burocracia nos afecta de la cuna a la tumba. La preocupación por una herencia, la enfermedad de un familiar, la cartilla de vacunación o la caducidad de un pasaporte pueden

mermar cualquier buen planeamiento. Poder disfrutar de una situación de paz durante mucho tiempo nos ha hecho creer la falacia que somos equiparables a cualquier otro funcionario. Frente al estatismo, nuestra capacidad expedicionaria debe ser motivo de orgullo, pues desarrolla ese punto crucial de actitud que nos hace capaces de ubicarnos en cualquier lugar del planeta y de resetear las penas simplemente compartiendo unas cervezas.

CONCLUSIÓN

Al comparar los valores que cada uno asume con la realidad vivida se comprueba que somos un mismo tejido, más unido de lo que a menudo se piensa o intuye. Una frágil tela de araña. Y allí en medio estamos, desconociendo que todos los movimientos quedan registrados en las vibraciones del hilo. Gracias a la conjunción de luces y sombras obtenemos el adecuado contraste. «Hice lo que pude y lo intenté hacer bien», creo que esa será la única frase que podremos alegar en el momento final, para que como dice nuestra Salve Aviadora «si nuestras alas se quiebran al final de nuestro vuelo, antes de llegar al suelo, tus brazos con amor se abran». ■

